

spirat. Generalmente las almas que han tenido la dicha de conservarse siempre puras é inocentes, son, natural y sobrenaturalmente, más aptas para unirse al sacrificio del Hombre-Dios. Entre estas almas santas y puras se complace el Señor, ordinariamente, en escoger las víctimas de que se sirve para la salvación de un gran número. Sin embargo, nadie está excluido de este gran ministerio, á que la humildad y el amor no son menos necesarios que la pureza. ¡Oh vosotros, que tenéis que gemir por las faltas de un pasado, que quisierais borrar con vuestra sangre; no os desaniméis, ni os creáis excluidos del *apostolado del sufrimiento!* Acordaos del ejemplo de Magdalena, de San Pedro, de San Pablo, de San Agustín, y de tantos otros que, después de una vida, más ó menos culpable, se entregaron enteramente á la gracia, y fueron santos. Ahora bien; cuando se es santo, se salvan las almas y se continúa la obra reparadora de Jesucristo; porque los santos se unen íntimamente á su cruz por el dolor, y á su corazón por el amor. ¿No es la cruz de Jesucristo el instrumento de salud del mundo? ¿Y no es su divino corazón el principio y la fuente inagotable?

Hablando de Jesús, nuestro Pontífice y nuestra víctima, añade San Pablo: «El está sin mancha, y separado de los pecadores». *Impollutus, segregatus a peccatoribus.*

No entramos en el desarrollo de estas cualidades, que no son más que la consecuencia de las precedentes. Por lo demás, ellas resaltarán bastante en lo que se va á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXV.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Para hacer más práctica la enseñanza contenida en el capítulo anterior, añadiremos en forma de resumen: que las principales disposiciones que deben

encontrarse en los apóstoles del sufrimiento, sobre todo, en las víctimas especiales, son:

1.º *Espiritu de fe*, que las hace creer firmemente en la virtud infinita del sacrificio de Jesucristo y en la perpetuidad de este sacrificio, no sólo de una manera no sangrienta en la Santísima Eucaristía, sino también de una manera doliente y, por consecuencia, sangrienta, en los miembros vivos de su cuerpo místico. ¡Oh vosotros, que aspiráis al glorioso título de apóstoles del sufrimiento! Creed firmemente estas verdades; y creed que el sacrificio de los miembros vivos de Jesucristo, unido al de su divina cabeza, tiene la virtud de contribuir, no sólo á su propia salvación, sino también, en cierta medida, á la de los demás. Creed, que cuanto más estrechamente nos unamos á Jesucristo por el dolor y por el amor, más participaremos de la virtud de su sacrificio; y, por consiguiente, más podremos contribuir á la salvación y á la perfección de las almas. En fin, aunque parezca que vuestros sufrimientos no obtienen ningún resultado sensible en favor de aquellos por quienes los ofrecéis, no os desaniméis. La obra que habéis emprendido es una obra de fe, cuyos resultados no son frecuentemente conocidos más que de Dios solo; pero que no por eso son menos reales y preciosos.

2.º *Espiritu de humildad.*—¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Si, pues, has recibido, ¿por qué te glorificas, como si no hubieras recibido? *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* (I, Cor., IV.)

«Por la gracia de Dios soy lo que soy». *Gratia autem Dei sum id quod sum.* (I, Cor., XV.)

Así hablaba el Apóstol San Pablo. Si los apóstoles del sufrimiento á su ejemplo no quieren ver sus esfuerzos paralizados, deben fielmente devolver á Dios el homenaje de todo el bien que se encuentra en ellos y que, por su gracia, obra en nosotros. Sí; convéncete bien de que tu apostolado será infructuoso, si no eres humilde. Dios no querrá tu ofrenda si está inficionada de orgullo. Si se digna

aceptarla, no será más que en parte, después de haber separado lo que la desluce y corrompe, como tú haces con un fruto en parte maleado, en el que separas lo que nada vale y aprovechas lo que es bueno. Pero ten cuidado de que tu orgullo no sea tal que vicie todo el fruto de tus trabajos y de tus sacrificios. Esto será sufrir en pura pérdida; después del pecado nada hay tan triste en el mundo. Si quieres que tus penas y dolores sean fecundos, en frutos de gracia y de salvación, sufre con espíritu de humildad, á ejemplo de la santa Víctima, que, siendo la inocencia misma, inclinó humildemente su cabeza, bajo la mano de la justicia de su Padre celestial. Acuérdate de que de todas las máximas de la vida espiritual, la que más importa retener, cuando se aspira á la perfección, la que tiene más fuerte razón cuando se desea contribuir á la salvación y á la perfección de las almas, es la siguiente: «Dios resiste á los soberbios y da gracia á los humildes». *Deus superbis resistit humilibus autem dat gratiam.* (I, Pet., V.)

Esto explica por qué entre tantas almas que hacen profesión de piedad, hay pocas que entran profundamente en la senda de la unión divina. Y es porque entre esas almas hay pocas que consienten en renunciarse completamente á sí mismas; sucediendo lo mismo que con la barca inmóvil en la ribera, donde un cordel la tiene fuertemente atada. Rómpace este cordel y la barca, es decir, tu alma, cautiva hasta entonces, abandonándose al curso majestuoso del río, irá á perderse en el vasto océano. ¡Dichosa partida! Mientras que no hagas tu último sacrificio, el de tu amor propio, el de tu vanidad, el de tu orgullo, este favor insigne, reservado á los humildes, te será rehusado, y, por consiguiente, no serás jamás un perfecto apóstol del sufrimiento.

3.º *Espíritu de paciencia y de conformidad con la santa voluntad de Dios.*—El sufrimiento nada tiene de amable por sí mismo: todo en él es penoso y molesto; por eso el primer movimiento de la naturaleza es rechazarle, cuando se presenta. ¿Cómo

se explica, pues, que le amen los verdaderos servidores de Dios? Helo aquí: porque le consideran por su *lado divino y en su carácter divino*; tal y como lo hemos expuesto en el curso de esta obra. Mirado bajo este aspecto, ¿cómo no ha de ser amable, si por este lado se presenta á nuestras miradas todo teñido con la púrpura de la sangre de Jesucristo? Evidentemente, bajo estos rasgos amables, todos divinos, consideraba San Andrés el sufrimiento, cuando dirigiéndose á la cruz en que iba á ser crucificado exclamó: *¡O bona cruz!* «¡Oh buena cruz!» Buena, no por el dolor que me prepara, sino porque este dolor, unido al de mi Jesús, me da el medio de testificarle mi amor. Buena, porque por esta cruz, como por un camino real, voy á subir al cielo y á gozar eternamente de la presencia de mi Dios. *¡O bona cruz!* «¡Oh buena cruz!» Sí, mil veces buena para vosotros, apóstoles fervorosos del sufrimiento á quienes abre las puertas del cielo, y á quienes da tan poderoso medio de abriroselas á los pobres pecadores. Así, pues, *paciencia y conformidad con la santa voluntad de Dios*, en todas las pruebas que se digne enviarnos. El nos elige para ser sus víctimas: El debe elegir nuestra cruz é imponérsela.

4.º *Espíritu de amor.*—*Ama, et fac quod vis*, decía San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». ¿Puedese con menos palabras explicar la potencia y la fecundidad divina en un corazón? Ama, y serás de alguna manera todopoderoso en el corazón de Dios, para inclinarle á tus deseos, á tu oración y á tu sufrimiento. ¿Hay una disposición más perfecta, ni más propia para ganar el corazón de Dios? ¿Qué no puede una esposa tiernamente amada, sobre el corazón de su esposo? ¿Qué no puede un hijo querido sobre el corazón de su padre? Un alma que ama, con amor sólido y tierno á Nuestro Señor Jesucristo, es fuerte y tiernamente amada. Y como el amor consiste en la comunicación que dos corazones se hacen de sus bienes recíprocos, de un lado, esta alma será toda entera de Jesús; de otro, Jesús será todo entero de esta alma. De suerte que

su amor se hace rico de Dios y de los tesoros infinitos de su gracia. ¡Oh almas privilegiadas, á quienes el dolor y el amor han unido tan estrechamente al Corazón Sagrado de Jesús, no faltéis á sacar largamente de este abismo de todos los bienes, gracias abundantes para vosotras, para vuestras familias, para vuestros amigos, para la Iglesia, para los justos, para los pecadores, en una palabra, para todos los hombres. La fuente es inextinguible; y dando á Dios lo que El quiere, permanece siempre como El es; es decir, *infinito é inmutable*.

5.º *Espíritu de celo*.—*Qui non zelat, non amat*, dice todavía San Agustín: «El que no tiene zelo, no tiene amor». ¿Cómo puede decirse que ama á Dios el que se muestra indiferente á la salvación eterna de las almas, que le han costado tan caras? Cuanto más ame á Dios, más celo mostrará por su gloria y por la salud del prójimo. ¿Y cuándo, pues, amadísimo lector, hallarán los verdaderos amigos de Dios más motivos para entregarse á los santos ardores de este celo, que en estos tiempos calamitosos, en que la santa causa de Dios y de las almas encuentra tantos y tan encarnizados enemigos? Sí; ha llegado, ha sonado la hora de desplegar en favor de esta santa causa todos los recursos que el Espíritu Santo se digna poner á nuestra disposición.

Ahora bien: entre estos recursos espirituales, hay uno que no cede en eficacia á ningún otro, y es el *Apostolado del sufrimiento*. Ejercedle en el seno de vuestras familias. Cualesquiera que sean vuestras penas, vuestras tribulaciones y vuestras enfermedades, aceptadlas con paciencia y ofrecedlas á Dios, en unión con los sufrimientos de Jesucristo; primero por la expiación de vuestros pecados, y después por la salvación de todos los miembros de vuestra familia, entre los cuales quizás hay más de un hijo pródigo. Ejercedle en el seno de vuestra parroquia, almas piadosas y fervientes, por la salud de todos los que la componen. ¡Cuántos habrá entre ellos que tienen necesidad de convertirse! ¡Cuántos otros, manteniéndose en el buen

camino, corren el peligro de salirse de él y de perderse! Ofreced por ellos vuestras penas, vuestros trabajos, vuestras privaciones, vuestra pobreza, vuestras enfermedades; y si Dios os llama á sí, vuestra agonía y vuestra muerte. Y vosotros, Sacerdotes consagrados, ejerced el apostolado del sufrimiento por una vida humilde, laboriosa, paciente, mortificada. Ofreceos frecuentemente como víctimas con Jesucristo, por su rebaño, por todas las almas, sobre todo, por las más abandonadas. Haced esta ofrenda particularmente en el santo altar, y durante los preciosos momentos de la acción de gracias, cuando la santa Víctima está presente corporalmente en vosotros como en un tabernáculo vivo, y comunica, por su sagrada presencia, un precio más grande á vuestro sacrificio.

Se han visto santos Sacerdotes, animados de gran espíritu de fe, pedir y obtener morir inmediatamente después de haber celebrado la santa Misa, para que el sacrificio de su vida, unido al del Cordero sin mancha, fuese más agradable al Señor. ¡Oh dichosa muerte! Pero no nos contentemos, venerables hermanos, con ejercer el apostolado del sufrimiento para nosotros mismos: ejerzámole también para las almas confiadas á nuestros cuidados. Enseñemos á tantos fieles que sufren y mueren á nuestra vista y como entre nuestros brazos, á sufrir y morir como *apóstoles del sufrimiento*, es decir, por la salud de las almas, particularmente por la conversión de los pecadores de la parroquia, y por las necesidades actuales de la Iglesia y de Francia.

Pastores consagrados, vosotros tenéis en vuestros enfermos, en vuestros agonizantes, en vuestros moribundos, un recurso inextinguible de salvación, que os es tan fácil explotar para el bien espiritual de vuestras parroquias; si sois limosneros, para el bien espiritual de vuestros establecimientos, hospicios y hospitales que estén á vuestro cuidado; si sois misioneros para las comarcas lejanas, que fecundéis con vuestros sudores. Sí: diga-

mos con un corazón de apóstol á esos queridos enfermos, á quienes visitamos, á esos queridos moribundos, á quienes asistimos: «Amigo mío, acuérdate de que Jesucristo ha sufrido y ha muerto por ti en la cruz». Tú eres uno de sus miembros dolientes, y en este momento estás con El en la cruz. Únete á sus sufrimientos y á su muerte, y di de todo corazón, conmigo: «¡Oh mi Salvador Jesús! yo os ofrezco mi sufrimiento y el sacrificio de mi vida, por la expiación de mis pecados, por la salud de todos los miembros de mi familia, por la conversión de todos los pecadores de esta parroquia, de este hospital..... por las necesidades de la santa Iglesia católica en cuyo seno quiero vivir y morir; por Francia..... ¡Oh Jesús mío, misericordia! Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de los moribundos. ¡Oh María! refugio de pecadores, rogad por mí».

Y vosotros, en fin, fervorosos religiosos y religiosas, ejerced el Apostolado del sufrimiento en el seno de vuestras comunidades. Ofreced á Dios frecuentemente vuestros trabajos, vuestras mortificaciones, vuestras privaciones, vuestras vigias, vuestras pruebas, vuestras enfermedades, vuestra agonía, vuestra muerte, por la salvación de las almas, por el sólido progreso en el camino de la perfección de todos vuestros hermanos y hermanas en religión, por el triunfo de la Santa Iglesia y del Soberano Pontífice, por las necesidades espirituales de Francia y de otras naciones católicas, por la educación católica de la juventud, y por la completa extirpación de las sociedades secretas, que hacen tanto mal á nuestra santa religión y que precipitan tantas almas en el infierno. Exhortad vivamente á las personas, cerca de las cuales ejercéis algún ministerio de celo ó de caridad, para que soporten sus sufrimientos con paciencia y los ofrezcan á Dios con el mismo fin..... Por último, en tanto que seamos todos miembros vivos de Jesucristo, ejerzamos con todo el celo de que seamos capaces este saludable Apostolado del sufrimiento. Creamos firmemente que hay en las penas, en los

trabajos, en las enfermedades, en las tribulaciones de los miembros vivos de Jesucristo, tesoros inapreciable de gracias sepultadas y ocultas. Explotémoslas con gran espíritu de fe, de humildad, de paciencia, de amor y de celo, por nuestro propio bien espiritual, y por la salud y la perfección de nuestros hermanos en Jesucristo.

CAPÍTULO XXVI.

DIRECCIÓN DE LA INTENCIÓN EN LOS SUFRIMIENTOS.

El Apostolado del sufrimiento es una especie de sacerdocio interior y oculto, cuyos miembros ligados entre sí y entre Jesucristo, perpetúan sus sacrificios de siglo en siglo, hasta las últimas generaciones. Entre esta especie de sacerdocio y el sacerdocio, propiamente dicho, existen analogías sorprendentes, que harán resaltar bien el objeto de este capítulo. El sacerdote católico, por la santa ordenación, ha sido *consagrado* para ofrecer en el altar la santa víctima del Calvario, y perpetuar hasta la consumación de los siglos de una manera no sangrienta, el sacrificio sangriento de la cruz. El apóstol del sufrimiento, sobre todo si ha recibido en calidad de *víctima especial* la misión de sufrir, está, no solamente consagrado, sino particularmente *diputado*, para ofrecerse él mismo en sacrificio sobre el altar de su propio corazón, en unión con la santa víctima del Calvario, y perpetuar así de una manera sangrienta el sacrificio sangriento de la cruz. En el sacerdote hay dos cosas bien distintas: *el poder radical y el ejercicio de este poder*. El primero le confiere, con el carácter sacerdotal, la facultad inalienable de consagrar el cuerpo y la sangre del Señor. Este poder del carácter existe y existirá siempre en el sacerdote, independiente de su voluntad: *Tu es sacerdos in æternum*. Pero no sucede lo mismo respecto al *ejercicio de este poder*. En

efecto, para que el sacerdote pueda usar de él de una manera *válida*, es decir, para que pueda, eficaz y realmente, cambiar en cuerpo y en sangre del Señor el pan y el vino colocados delante de él, es preciso que tenga, no solamente el *poder*, sino también la *intención*, la *voluntad* de consagrar este pan y este vino. Ahora bien; guardando las proporciones debidas, existe una analogía sorprendente entre el sacerdote que consagra el cuerpo del Señor y le ofrece en sacrificio á Dios Padre, y el apóstol del sufrimiento, miembro vivo de Jesucristo, que se ofrece á sí mismo en sacrificio, en unión con el mismo Jesucristo.

En efecto, en el fiel que sufre para un fin apostólico, es preciso distinguir: *su unión con Jesucristo y el ejercicio de esta unión* para la salvación de las almas. Por la una se santifica él mismo: por el otro trabaja por la santificación y salvación de sus hermanos. Por el uno Jesús os colma de sus gracias; por el otro las inclina por vosotros hacia el prójimo, como por un canal fecundo. Vuestra unión con Jesucristo basta, sin duda, á vuestra perfección y á vuestra dicha. Pero, ¿será bastante para las necesidades espirituales de vuestros hermanos, si no las aprovecháis en su favor? ¿Qué importan todos los tesoros del rico al pobre indigente que le tiende la mano, si el rico guarda todos sus tesoros para sí? Lo mismo sucede con los tesoros de gracias de que el celestial Esposo os ha puesto en posesión, á causa de vuestra unión íntima con El. Así sucede con las olas de bendiciones, de que os inunda. ¿Queréis que los pecadores, es decir, los hombres más indigentes que hay en el mundo participen de estas gracias, de estas bendiciones que recibís? Pues dirigid vuestra *intención* hacia ellos y hacia sus necesidades espirituales.

Vuestra *intención* será como el canal, por el que la gracia de la conversión llegará hasta ellos, después de que la hayais obtenido por vuestros trabajos bien soportados, por vuestros sufrimientos llevados con paciencia y amor. Así, pues, si queréis que vuestras penas, vuestros trabajos, vuestros

sufrimientos sean provechosos á tales ó cuales personas, á tales ó cuales comunidades, á tales ó cuales naciones..... tened cuidado de formular vuestra *intención*, diciendo á Dios, al menos con el corazón. «¡Oh Dios mío, yo os ofrezco estas penas, estos trabajos, estos sufrimientos, por la salvación de los almas, y en particular, por tales personas..... ó bien! «¡Oh mi salvador Jesús! yo uno mis sufrimientos y trabajos á los vuestros. Os los ofrezco humildísimamente para los fines y las intenciones, por las cuales habéis trabajado y sufrido. Os los ofrezco por la Iglesia, por el Soberano Pontífice, por Francia, por los miembros de mi familia, por esta parroquia (ó por toda otra intención). Renovad dos ó tres veces al día con fervor esta *intención* y será bastante. No queremos con esto decir que Dios, en su infinita bondad, y en consideración á la amistad que dispensa á un alma fiel, no conceda sin conocimiento de esta alma y sin esperar á que ella le exprese su intención, muchos favores á los que están á él unidos con lazos particulares. Así obra un padre tierno y generoso con sus amigos y con sus hijos; pero no es tampoco menos cierto que, para proporcionar á sus servidores la ocasión de hallar mayor mérito, para asociarlos al ejercicio de su caridad y de su paternidad espiritual, y para otros fines, dignos de su sabiduría, quiere Dios ordinariamente que ellos intervengan por medio de una cooperación más explícita en la distribución de sus favores. Así es como una reina alcanza del rey, su esposo, por medio de sus ruegos, beneficios particulares para aquellos de sus súbditos que toma bajo su protección especial. Para los unos una pensión secreta; para los otros la remisión ó conmutación de una pena contraída. Oremos, pues, y suframos con una *intención*, de tiempo en tiempo expresada y renovada. Oremos y suframos con confianza, humildad y amor, y obtendremos para la Iglesia, para Francia para nosotros mismos y para los demás, abundancia de gracias y bendiciones.